

Ágape



Ágape es el amor incondicional, el amor generoso, el amor sin límites. Partiendo de ese concepto, el padre Marcelo Rossi nos ofrece esta obra bella e impactante. Una pausa, un instante de paz en medio de las turbulencias diarias. Proponiendo interpretaciones al Evangelio de San Juan, *Ágape* aborda cuestiones como el amor, la tolerancia, la humildad y el perdón. Y como cierre de cada uno de sus capítulos el libro se ilumina con oraciones inspiradoras que retoman cada uno de esos temas. Una dádiva que se amplía en el recogimiento de la oración.

Como tan bien lo apunta Gabriel Chalista en el prefacio que abre la obra: «El mal no puede vencer al bien. Si las atrocidades nos molestan, si la trivialización de la violencia nos asusta, es necesario ir más allá. Más allá de lo que los ojos pueden ver, más allá de lo que los sentidos pueden captar. Es necesario ir más allá y llegar a lo recóndito del corazón, donde solamente el lenguaje del alma, de los sentimientos, de la simplicidad de la fe es capaz de alcanzar».



A mis padres Vilma y Antonio
A mi querido abuelo Alfredo
A mis hermanas Martina y Mónica
A mis sobrinos Lucas y Mateus
A mis tíos Ede y Wilson
A mi padrino Sergio
Porque familia es todo.

Índice

Agradecimientos.....	15
Prefacio, por Gabriel Chalita.....	17
Introducción	25
1. El Verbo Divino.....	35
2. Las bodas de Caná	47
3. La samaritana	55
4. Multiplicación de los panes.....	63
5. La mujer adúltera.....	71
6. El Buen Pastor	77
7. La resurrección de Lázaro.....	83
8. Jesús lava los pies de sus discípulos	93
9. El amor fraterno.....	101
10. La crucifixión.....	109
11. La aparición a los discípulos	123
12. La profesión de amor de Pedro.....	131

Agradecimientos

A mi obispo, mi eterno maestro, don Antonio Fernando Figueredo.

A mis inspiradores, tía Laura, monseñor Jonas Abib, mi querido hermano y Gabriel Chalita.

Prefacio

Ágape es el amor incondicional, el amor generoso, el amor sin límites; puro, libre.

Estamos acostumbrados a vivir en un mundo en que las personas actúan esperando otra acción de vuelta. Toda acción conlleva una reacción. Por desgracia no se siente el sabor de las relaciones desinteresadas. La supuesta amistad vive de las expectativas.

- ¿Qué me puede ofrecer el otro?
- ¿Qué ganaré yendo a tal evento?
- ¿Quién es fulano?
- ¿Qué hace?

¿De quién es hijo?

Son tiempos en los que los adornos valen más que lo esencial. Son tiempos tristes. Las amistades interesadas tienen plazo de validez. Las relaciones son inconsistentes. Es común, en un círculo de amigos, que cada uno hable de sí mismo como un *hobby*. Es una generación narcisista. El pronombre más utilizado es el de la primera persona: *yo*. Tiempos tristes, repito.

Tiempos de escasez de actitudes de misericordia. Desechar una persona es más fácil que deshacerse de un objeto que se estima. Falta estima por el ser humano. Vivimos en una sociedad en la que el consumo trata como cosa a la persona. Cuanto más se tiene, y cuando no se tiene, impera el deseo.

Falta el sueño de la vida y sobran las angustias por las ausencias de ese sueño.

Conocí más de cerca al padre Marcelo Rossi y a don Fernando Figueiredo cuando yo ejercía el cargo de secretario de Estado de Educación y les pedí que celebraran misas en las unidades de la antigua FEBEM de San Pablo. Esos hombres de Dios me aceptaron de inmediato y con ternura llevaron el Ágape a aquellos niños y niñas. No se preocuparon por el pasado; al contrario, hablaron de un sueño, de la acogida de un Hombre que

marcó y marca a la humanidad por su capacidad de amar a aquellos que no serían elegidos en las categorías utilitarias para ser amados. En aquellas celebraciones empecé a admirar aún más la misión de un obispo y de un padre en medio de las ovejas tan heridas.

Me sentí muy honrado cuando me invitaron a escribir el prefacio de este libro. Primero porque siento un cariño de hermano hacia el padre Marcelo y después por la actualidad, la dulzura y la profundidad de sus escritos.

Es necesario presentar al Amor-Ágape. Hace mucho bien al alma de cualquier persona. No podemos permitir que los errores venzan a los aciertos, que la superficialidad ocupe más espacio que la densidad del mundo interpersonal e interrelacional. Es necesario rescatar los valores que nos conducen a la felicidad. Y de una manera simple y profunda como es la Palabra de Dios.

El libro presenta una bella reflexión sobre algunos pasajes del Evangelio de San Juan. El apóstol Juan escribe con profundidad sobre la vida de Jesús. Su estilo es más contemplativo, más intuitivo. Usa las metáforas con conocimiento semántico y estilizado. Se introduce en los hechos no solamente para narrarlos, sino más bien para que participemos de ellos.

El primer pasaje escogido es la abertura solemne del Evangelio de San Juan. El evangelista nos introduce en la lucha entre la luz y las tinieblas. La Luz, el Verbo, es Dios, Creador del Universo, Ágape. Libre. Amor gratuito. Ágape, amor restaurador, salvador, santificador. Luz y tinieblas: el Verbo ilumina a los hombres que son invitados, como Juan el Bautista, a iluminar.

Las bodas de Caná, milagro que no se encuentra en los relatos de los otros evangelistas, reflexiona sobre la importancia de María en su misión de cuidar de aquello que nos falta.

María es la mujer atenta a las angustias de sus hijos. Su mirada no es superficial, su presencia no es la de una invitada despreocupada con los festejos. María se hace presente para que nada falte a la fiesta y nos da continuidad a lo que nos revela el encuentro con el ángel Gabriel y con su prima Isabel. Ella hablaba con el silencio, hablaba solamente cuando era inspirada por el espíritu de amor. Como en el Magníficat, en el capítulo primero del Evangelio de San Lucas:

46 *Entonces dijo María: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, 47 se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, 48 porque se ha fijado en su humilde esclava. Pues mira, desde ahora me felicitarán todas las generaciones, 49 porque el Poderoso ha hecho tan-*

to por mí: él es santo 50 y su misericordia llega a sus fieles generación tras generación. 51 Su brazo interviene con fuerza, desbarata los planes de los arrogantes, 52 derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes, 53 a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide de vacío. 54 Auxilia a Israel, su siervo, acordándose, 55 como lo había prometido a nuestros padres, de la misericordia en favor de Abrahán y su descendencia, por siempre».

¡Qué bella expresión: «desbarata los planes de los arrogantes»!

El Magníficat es el canto inspirado en gratitud a Dios por su acción Ágape. Es Dios que ama y cuida de sus hijos.

«Su misericordia llega a sus fieles generación tras generación». La Misericordia es Ágape. Corazón con corazón. Jesús tuvo misericordia con la samaritana, una extranjera a quien se revela, con sus hermanos que no tenían que comer, en la multiplicación de los panes, con la mujer adúltera. Era Jesús. La expresión desconcertante fue: «El que esté libre de pecado que arroje la primera piedra».

Es Jesús, el Buen Pastor. San Juan rescata el concepto bíblico del Primer Libro de Samuel, en el cual David se enfrenta a Goliat, el filisteo.

David era un niño joven, rubio y de delicado aspecto (cf. Ism 17, 42). El rey Saúl no creyó que

fuera posible que un niño, siendo apenas un pastor, fuera capaz de enfrentarse a un gigante, un hombre de guerra, como Goliat. David insiste y explica que, cuando apacentaba las ovejas de su padre y aparecía un oso o un león, él se sentía capaz de vencer o matar si fuera necesario para defender a sus ovejas (cf. 1 Sm 17, 34-37).

El Buen Pastor cuida de sus ovejas. Jesús nos invita a ser cuidadosos y a cuidar simultáneamente. Somos oveja y pastor. Somos pastor y oveja. Cuidamos al otro y nos permitimos la generosa acción de cuidar.

Los ejemplos bíblicos continúan y el padre Marcelo escoge la resurrección de Lázaro para hablarnos de la fe y de las pérdidas, el lavado de los pies para hablarnos de la humildad. Jesús, el Señor, se hace servidor. El líder es el que sirve. Sirve a una causa, la causa del amor. Sirve a un pueblo, el pueblo escogido. Todos nosotros.

Y ahora el mayor de los mandamientos: «Éste es mi mandamiento: amaos los unos a los otros como yo os he amado».

Aquí se resume toda la Ley y los profetas. Ágape. Jesús vino al mundo para enseñar a amar y para reconstruir el amor de los hijos con el Padre. La Crucifixión y la Resurrección dan veracidad a la vida que vence a la muerte.

Delante de Pedro Jesús retorna al tema del amor y pide al discípulo que reveló que lo amaba: «Apacienta mis ovejas».

Existen aspectos en el libro que nos sirven de referencia. El autor nos presenta testimonios de vida que iluminaron e iluminan el mundo con el Amor-Ágape: la madre Teresa de Calcuta. La hermana Dulce y Zilda Arns. Santos que amaron incondicionalmente, como San Francisco, Santa Teresa de Ávila, San Juan de la Cruz, San Juan Maria Vianney, Santa Teresita del Niño Jesús, San Benito y tantos otros. Amores concretos. Oración y acción. Qué hermosa la oración de Santo Tomás de Aquino, la que nos enseña a vivir la ética cotidiana.

El autor nos remite a la Encíclica del papa Benedicto XVI al presentar la «Caridad en la verdad» y nos invita a cuidar de la «persona humana en su totalidad» y de «todas las personas».

Todos los capítulos terminan con una oración. La oración como fuerza que nos conmueve y nos mueve a la acción.

Volvamos al inicio de este sencillo prefacio. Este libro es una respuesta amorosa a una parte significativa de la sociedad que desconoce la esencia de la naturaleza humana: la bondad.

La bondad es hija del amor. El Ágape engendra bondad. La bondad y el amor en acción.

La invitación que el padre Marcelo nos hace con este libro es exactamente ésta: que ¡seamos buenos! Que la lectura de los pasajes de la vida de Jesús nos ayuden a comprender mejor al Hombre extraordinario que fue capaz de superar la ley y presentar la razón de la propia ley: la persona. Jesús sorprendió y continúa sorprendiendo. Su mirada apasionante nos impulsa a rechazar las tesis que nos presentan un mundo mezquino, materialista, egoísta.

El mal no puede vencer al bien. Si las atrocidades nos molestan, si la trivialización de la violencia nos asusta, es necesario ir más allá. Más allá de lo que los ojos puedan ver, más allá de lo que los sentidos puedan captar. Es necesario ir más allá y llegar a lo más recóndito de nuestro corazón, donde solamente el lenguaje del alma, de los sentimientos, de la simplicidad y de la fe es capaz de alcanzar.

¡Ágape!

Buena lectura.

¡Buena acción!

GABRIEL CHALITA
escritor y doctor en Filosofía del Derecho
y en Comunicación y Semiótica

Introducción

Ágape es una palabra de origen griego que significa amor divino. Es el amor de Dios hacia sus hijos. Y más aún es el amor que las personas sienten unas por las otras, inspiradas en ese amor divino. Es el amor de Dios por sus hijos. Así también el amor que las personas sienten unas por otras inspiradas en el amor de Dios.

Dios es amor. La creación del mundo y del hombre es un acto continuo de amor. Por eso el profeta Isaías nos ofrece esta revelación esencial:

4 porque eres de gran precio a mis ojos, eres valioso y yo te amo; entregué hombres a cambio de

ti, pueblos a cambio de tu vida: 5 no temas, que contigo estoy yo (...) (Is 43, 4-5).

La palabra de Dios nos muestra esta revelación. Dios nos ama. Dios nos aprecia. Valemos más que reinos y naciones. Aquí no se trata de personas, sino de poder. El poder del amor de Dios por sus hijos es más grande que cualquier otra forma de poder. Una mujer, un hombre, vale más que el ejercicio de poder sobre un reino. O, en otras palabras, el poder se justifica solamente si se tiene una preocupación central en cada persona. El poder no puede tener un objetivo en sí mismo. Su objetivo tiene que ser el cuidado, el respeto, la caridad para el que lo necesita más. La madre Teresa de Calcuta, la mujer plena de Amor y llena de poder, nos enseñó en la oración y la acción. Ésta es su poesía sobre la paz:

¿El día más bello? Hoy.

¿La cosa más fácil? Equivocarse.

¿El mayor obstáculo? El miedo.

¿El mayor error? Abandonarse (o dejarse estar).

¿La raíz de todos los males? El egoísmo.

¿La distracción más bella? El trabajo.

¿La peor derrota? El desaliento.

¿Los mejores profesores? Los niños.

¿La primera necesidad? Comunicarse.

- ¿Lo que más feliz lo hace? Ser útil a los demás.
- ¿El misterio más grande? La muerte.
- ¿El peor defecto? El mal humor.
- ¿Lo más peligroso? La mentira.
- ¿El peor sentimiento? El rencor.
- ¿El presente más hermoso? El perdón.
- ¿Lo más imprescindible? El hogar.
- ¿El camino más rápido? El camino correcto.
- ¿La sensación más agradable? La paz interior.
- ¿El semblante más eficaz? La sonrisa.
- ¿El mejor remedio? El optimismo.
- ¿La mayor satisfacción? El deber cumplido.
- ¿La fuerza más poderosa del mundo? La fe.
- ¿Las personas más necesarias? Los padres.
- ¿Lo más hermoso de todo? El amor.

El amor es lo más bello entre todas las cosas, porque el amor es acción. El amor es cuidado. Y su amor nos da la paz cotidiana, como dice la poesía.

Volviendo al Libro de Isaías, al final del pasaje hay una palabra de consuelo para todos aquellos que se angustian en la jornada de la vida: «Quédate tranquilo pues estoy contigo».

La tranquilidad es un don de Dios. No significa que los problemas dejarán de existir. Mientras tanto, la calma es necesaria, el tiempo es como un nuevo nombre para el amor que nos presenta la

esperanza. La esperanza nos da tranquilidad porque sabemos que Dios está con nosotros. Él está con nosotros porque nos ama.

El Ágape es, de esa manera, la revelación de Dios. Es Dios quien crea porque nos ama. Es Dios quien salva porque nos ama. Es Dios quien santifica porque ama.

En este libro trataré sobre el Amor-Ágape inspirado en algunos pasajes del Evangelio de San Juan. Evidentemente, toda palabra de Dios es inspirada e inspiradora de ese amor. La elección de algunos pasajes del Evangelio de San Juan no obedece a un criterio de importancia, sino a una mirada hacia la belleza de la encarnación del Hijo de Dios.

Este libro no se ocupa de explicar con riqueza teológica el Evangelio de San Juan como lo hizo San Agustín en su *Comentario al Evangelio de San Juan*, una obra de riqueza inigualable que permanece después de tantos siglos. Este libro tiene una intención oracional. Es un diálogo que en mi condición de padre mantengo con mis hijos. Mi sacerdocio es un servicio al Señor. En las celebraciones eucarísticas, en los programas de radio, en las visitas a los enfermos, en los sacramentos que realizo con amor tengo la humilde intención de hacer que las personas perciban el Ágape, el amor de Dios, que da significado a nuestra vida.

Podría haber elegido el Evangelio de San Mateo, de San Marcos o de San Lucas. Podría haber elegido cualquier otro libro de la Biblia del Antiguo o del Nuevo Testamento. Podría aun, ya que elegí el de San Juan, haber reflexionado sobre sus hermosas cartas. La inspiración divina fue capaz de darnos esta obra preciosa que está en el capítulo 4 de la Primera Carta de San Juan:

7 Amigos míos, amémonos unos a otros, porque el amor viene de 8 Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor. 9 En esto se hizo visible entre nosotros el amor de Dios: en que envió al mundo a su Hijo único para que nos diera vida. 10 Por esto existe el amor: no porque amáramos nosotros a Dios, sino porque él nos amó a nosotros y envió al mundo a su Hijo para que expiara nuestros pecados. 11 Amigos míos, si Dios nos ha amado tanto, es deber nuestro 12 amarnos unos a otros; a Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos mutuamente, Dios está con nosotros y su amor está realizado 13 entre nosotros; y esta prueba tenemos de que estamos con él y él con nosotros; que nos ha hecho participar de su Espíritu. 14 Nosotros lo vimos y atestiguamos que el Padre envió a su Hijo al 15 mundo para salvar al mundo. Si uno confiesa que Jesús es el Hijo 16 de Dios, Dios está

con él y él con Dios; por nuestra parte, el amor que Dios mantiene entre nosotros ya lo conocemos y nos fiamos de él. Dios es amor: quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios con él. 17 Con esto queda realizado el amor entre nosotros, porque nuestra vida en este mundo imita lo que es Jesús, y así miramos confiados 18 al día del juicio. En el amor no existe temor; al contrario, el amor acabado echa fuera el temor, porque el temor anticipa el castigo; en consecuencia, quien siente temor aún no está realizado en el amor. 19 Podemos amar nosotros porque él nos amó primero. El que diga 20 «Yo amo a Dios», mientras odia a su hermano, es un embustero, porque quien no ama a su hermano, a quien está viendo, a Dios, 21 a quien no ve, no puede amarlo. Y éste es precisamente el mandamiento que recibimos de él: quien ama a Dios, ame también a su hermano (1 Jn 4, 7-21).

El amor a Dios y el amor a los hermanos. ¡Es tan reveladora esa palabra! ¿Cómo podemos amar a Dios, a quien no vemos, si no somos capaces de amar al hermano, a quien vemos, con quien convivimos? No faltan razones para percibir los errores y las imperfecciones de los demás. Sin embargo, ante esos errores y esas imperfecciones el Amor-Ágape se manifiesta como una prueba del amor, libre, sin exigencias ni cuentas que pagar. Amor

comprendido. Esto nos enseña la madre Teresa. Cada día es un día para servir y cuidar al hermano. Ésa es la inspiración cristiana: hacer que la caridad sea manifestación concreta del amor. En su encíclica el Santo Padre, el papa Benedicto XVI, se expresa sobre el «desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad». *Caritas in veritate*. El Papa habla del cuidado de toda la persona y de todas ellas. En la introducción ya explica el sentido de la caridad hacia la Iglesia y hacia el mundo. La acción personal y la interpersonal.

Todos los hombres sienten el impulso interior de amar de una manera auténtica: el amor y la verdad nunca desaparecen del todo en ellos, porque es la vocación colocada por Dios en el corazón y en la mente de cada hombre. Jesucristo nos purifica y nos libera de nuestras carencias humanas para la búsqueda del amor y de la verdad y nos da en plenitud la iniciativa del amor y el proyecto de vida verdadera que Dios preparó para todos nosotros.

En Cristo la Caridad en la Verdad se torna el Rostro de su Persona, una vocación dirigida a nosotros, para que amemos a nuestros hermanos en la verdad de su proyecto. De hecho, Él es la verdad (cf. Jn 14, 6).

La caridad es la guía maestra de la doctrina social de la Iglesia. Las diversas responsabilidades

y los compromisos, delineados por la misma, derivan de la caridad, que es — como enseñó Jesús — la síntesis de toda la Ley (cf. Mt 22, 36-40). La caridad otorga una verdadera sustancia a la relación personal con Dios y con el prójimo; es el principio no solamente de las microrrelaciones establecidas entre amigos, en la familia, en el pequeño grupo, sino también en las macrorrelaciones, como las sociales, las económicas o las políticos. Para la Iglesia, instruida por el evangelio, la caridad lo es todo, porque como enseña San Juan (cf. 1 Jn 4, 8-16) es como recordé en mi primera carta encíclica, «Dios es caridad» (*Deus caritas est*): de la caridad de Dios proviene todo, por ella todo toma forma, hacia ella todo tiende. La caridad es un don, el más grande que Dios concedió a los hombres; es su promesa y nuestra esperanza.

El Amor-Ágape se revela en la caridad. Los numerosos enfermos atendidos por la madre Teresa no tenían condición alguna de retribuir a sus acciones, como tampoco la mayor parte de los niños cuidados por la doctora Zilda Arns por medio de su apostolado en la Pastoral del Menor. Ciertamente, ella no hace la caridad esperando alguna retribución. San Francisco, el novio de la dama pobreza, el santo de la simplicidad, dejó un legado de caridad. Enseñó que dando se recibe, pidió al

Señor llevar el amor adonde el odio estuviera reinando. ¿Cuál es la recompensa de quien hace caridad? Es mucho más de lo que podemos imaginar. Vamos a tratar de reflexionar sobre este punto en estos escritos.

El Evangelio de San Juan tuvo un proceso de formación diferente de los llamados evangelios sinópticos de San Mateo, San Marcos y San Lucas. Juan era llamado el discípulo amado. Como los otros evangelios, el de Juan siguió la primera tradición oral. Su compilación final se dio por los años 100 y fue hecha por un discípulo suyo. Aun siendo así, está impregnado de la personalidad de San Juan. Su forma de ver los milagros, de hablar sobre el amor, de acompañar los grandes hechos del maestro.

La estructura literaria era bellísima. Cada momento de la vida de Jesús es descrito con una delicadeza textual impresionante. Las señales, los símbolos llenan los escritos. Jesús es el Buen Pastor. Jesús es la luz del mundo. Jesús es la revelación del amor.

Que este libro nos ayude a comprender el amor de Dios y nos incentive a amar. Volviendo al espíritu de San Juan:

[...] *El que diga 20 «Yo amo a Dios», mientras odia a su hermano, es un embustero, porque*

quien no ama a su hermano, a quien está viendo a Dios, 21 a quien no ve no puede amarlo. Y éste es precisamente el mandamiento que recibimos de él: quien ama a Dios ame también a su hermano (Jn 4, 20-21).

Que este libro nos ayude a conocer un poco más algunos momentos de la vida de Jesús y nos motive a leer cada vez más la palabra de Dios. La Biblia es una carta de amor que el Señor nos envió. Es siempre bueno leer y releer la carta que se nos envió.

La Biblia es Ágape. Es el amor escrito para que sea vivido.

Con mi bendición,

PADRE MARCELO ROSSI

1

El Verbo Divino

Evangelio de San Juan

1 Al principio ya existía la Palabra, la Palabra se dirigía a Dios y la Palabra era Dios: 2 ella al principio se dirigía a Dios. 3 Mediante ella se hizo todo; sin ella no se hizo nada de lo hecho. 4 Ella contenía vida, y esa vida era la luz del hombre; 5 esa luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la han comprendido. 6 Apareció un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan; 7 éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz y que por 8 él todos llega-

sen a la fe. No era él la luz, era sólo testigo de la
 9 luz. La luz verdadera, la que alumbra a todo hom-
 bre, estaba llegando al mundo. 10 En el mundo
 estuvo y, aunque el mundo se hizo mediante ella,
 el mundo no la conoció. 11 Vino a su casa, pero los
 suyos no la recibieron. 12 Pero a los que la recibie-
 ron los hizo capaces de ser hijos de Dios. 13 A los
 que le dan su adhesión, y éstos no nacen de linaje
 humano, ni por impulso de la carne ni por deseo de
 varón, sino que nacen de Dios. 14 Y la Palabra se
 hizo hombre, acampó entre nosotros y contempla-
 mos su gloria: gloria de Hijo único del Padre, lleno
 de amor y lealtad. 15 De él daba testimonio Juan
 cuando clamaba: «Éste es de quien yo dije: El que
 venía detrás de mí se me ha puesto delante, porque
 existía antes que yo». 16 Porque de su plenitud to-
 dos nosotros recibimos, ante todo un amor que res-
 ponde a su amor. 17 Porque la Ley se dio por medio
 de Moisés, el amor y la lealtad 18 se hicieron reali-
 dad en Jesús el Mesías. A Dios nadie lo ha visto
 jamás; es el Hijo único, que es Dios y está al lado
 del Padre, quien lo ha explicado. 19 Y éste fue el
 testimonio de Juan, cuando las autoridades judías
 de Jerusalén enviaron sacerdotes y clérigos a pre-
 guntarle: «Tú, ¿quién eres?». 20 Él declaró pronta-
 mente y sin reservas: «Yo no soy el Mesías». 21 Le
 preguntaron: «Entonces, ¿qué? ¿Eres tú Elías?».

Contestó él: «No lo soy». «¿Eres tú el Profeta». Respondió: «No». 22 En vista de aquello le preguntaron: «¿Quién eres? Tenemos que llevar una respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices tú que eres?». 23 Declaró: «Yo soy una voz que grita desde el desierto: “Allanadle el camino al Señor” (como dijo el profeta Isaías). 24-25 Entre los emisarios había fariseos, y éstos le preguntaron: «Entonces, ¿por qué bautizas si tú no eres ni el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?». 26 Juan les respondió: «Yo bautizo con agua; entre vosotros está ese que no conocéis 27 y que viene detrás de mí; yo no merezco ni desatarle la correa de las sandalias. 28 Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde Juan bautizaba. 29 Al día siguiente, viendo a Jesús que se le acercaba, exclamó: «Éste es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. 30 Éste es de quien yo dije: “Detrás de mí viene un hombre que se 31 me ha puesto delante porque existía antes que yo”. Tampoco yo lo conocía, pero si yo he venido a bautizar con agua es para que se manifieste a Israel». 32 Juan declaró además: «He visto al Espíritu bajar del cielo como una paloma y posarse 33 sobre él. Tampoco yo lo conocía, fue el que me envió a bautizar con agua quien me dijo: “Aquel sobre quien veas que el Espíritu baja y se posa es el que bautiza con Espíritu 34 Santo”. Pues

yo ya lo he visto, y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios. 35 Al día siguiente estaba allí Juan otra vez con dos discípulos 36 y, fijando la vista en Jesús que pasaba, dijo: «Ése es el cordero de Dios». 37 Al oír estas palabras, los dos discípulos se fueron detrás de 38 Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les preguntó: «¿Qué buscáis?». Le contestaron: «Señor (que equivale a “Maestro”), ¿dónde vives?». 39 Les dijo: «Venid y lo veréis». Lo acompañaron, vieron dónde vivía y se quedaron aquel día con él; serían las cuatro de la tarde. 40 Uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús era 41 Andrés, hermano de Simón Pedro; al primero que se encontró fue a su propio hermano Simón y le dijo: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Ungido). 42 Y se lo presentó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: «Tú eres Simón, hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que significa “Piedra”). 43 Al día siguiente decidió Jesús salir para Galilea; encontró a Felipe y le dijo: «Sígueme». 44-45 Felipe era de Betsaida, el pueblo de Andrés y Pedro. Se encontró con Natanael y le dijo: «Oye, aquel de quien escribió Moisés en la Ley y también los Profetas lo hemos encontrado: es Jesús, hijo de José, el de Nazaret. 46 Natanael le replicó: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?». Felipe le contestó: «Ven y lo verás». 47 Jesús vio venir a Natanael y comen-

tó: «Ahí tenéis a un israelita de veras, a un hombre sin falsedad. 48 Natanael le preguntó: «¿De qué me conoces?». Jesús le contestó: «Te vi antes que te llamara Felipe, cuando estabas descansando bajo la higuera. 49 Natanael le respondió: «Señor mío, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel. 50 Jesús le dijo: «¿Es porque te he dicho que te vi descansando debajo de la higuera por lo que crees? Pues cosas más grandes verás». 51 Y añadió: «Sí, os aseguro que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar por este Hombre» (Jn 1, 1-51).



Este pasaje que abre el Evangelio de San Juan habla, de una manera bastante poética, de la salvación y del misterio de la salvación de los hombres. La palabra nos dice que todo lo que hay en el mundo fue creado por Dios. No dice cómo fue la creación. No dice si evolucionamos de algunos animales o si hubo una explosión, o si en las diversas eras lo creado se fue perfeccionando. La esencia del texto es que todo lo que existe en el mundo fue creado por Dios. Habla también de la salvación. El Hijo de Dios, el Verbo, se hizo carne y habitó entre nosotros. Esto sucedió para que pudiéramos comprender el amor y lo que

significa amar. El sustantivo es el verbo. ¡El concepto es la acción!

Nos habla de Juan el Bautista, el anunciador. Nació de un milagro. Hijo del sacerdote Zacarías y de la prima de María de Nazaret, Isabel. Fue el ángel Gabriel quien anunció este hecho. La pareja era de edad avanzada e Isabel era considerada estéril. No tenían hijos. Juan era la voz que clamaba en el desierto. Vivía como un asceta. Sin bienes. Sin preocupaciones materiales. Bautizaba en el Jordán. Fue él quien bautizó al mismo Cristo.

Nos relata el texto sobre Moisés. La Biblia dice que Moisés fue el profeta, el libertador con quien Dios hablaba cara a cara. Moisés significa «sacado de las aguas». Su supervivencia fue un milagro. Fue salvado de la muerte a la que habían sido condenados todos los niños de origen hebreo por orden del faraón, quien tenía miedo del crecimiento de aquel pueblo intruso que llegó a Egipto. Moisés fue colocado en un canasto y encontrado a orillas del Nilo por la hija del faraón.

Moisés fue escogido para libertar al pueblo y caminar con él por el desierto. Después de varias negativas del faraón y de las plagas que acometen a su pueblo. El faraón deja que los hebreos salgan de Egipto. Luego se arrepiente aunque el pueblo ya estaba delante del mar Rojo. Moisés consigue

cruzar el mar Rojo y conduce al pueblo de Dios. Recibe las Tablas de la Ley, advierte al pueblo de la idolatría y camina incansable hasta la tierra prometida. Moisés muere antes de entrar en la nueva tierra. Josué fue escogido para continuar con la misión de Moisés.

El texto del Evangelio de San Juan habla también de la luz que vino para iluminar este mundo.

Queridos hermanos, aquí va nuestra reflexión.

El tema de la luz está presente en toda la palabra de Dios. La creación del mundo y del hombre es una victoria de la luz sobre las tinieblas. San Pablo revela que el cristiano es Hijo de la Luz.

¿Qué significa ser Hijo de la Luz?

El sentido de las tinieblas u oscuridad se da a aquello que no se ve o aquello que no se puede ver porque avergüenza. El padre que miente a su hijo o el hijo que miente a su padre porque no quiere ser descubierto. El médico falso, el abogado mentiroso, el político deshonesto. El motorista embriagado. Todos de alguna manera viven en la oscuridad. La luz revela. Si hay suciedad en la casa y las luces están apagadas, no se percibe la falta de limpieza. Cuando se enciende la luz, lo que estaba sucio comienza a molestar.

Cristo es el Hijo de la Luz. Los cristianos están invitados a ser los nuevos cristos. Por tanto, todos somos llamados a ser Hijos de la Luz.

Quien vive en la oscuridad tiene miedo de la Luz. Quien pasa algunos días dentro de una pieza oscura con las ventanas cerradas, cuando entra el primer rayo de luz, tiene la sensación de ceguera, porque la luz le molesta. Es necesario acostumbrarse a la luz para que los ojos vean de hecho el paisaje que antes estaba escondido. La oscuridad nos remite a los errores. No a los errores que cometemos. Errar es humano. La oscuridad forma parte de los errores, y al parecer insistimos en que éstos permanezcan. Somos conscientes de muchos de ellos, pero nuestra terquedad y nuestra comodidad nos impiden buscar una nueva vida. Así incurrimos en los nuevos errores. Evidentemente hay enfermedades que manchan una vida. Sé cuántos de nuestros hermanos sufren de alcoholismo y procuran librarse de él pero no lo consiguen. No juzguemos. Muchos acusan a esos hermanos de débiles, irresponsables, triviales. El alcoholismo es una enfermedad. El que consume drogas ilícitas también vive un infierno. El infierno del vicio. El infierno de la esclavitud. Por eso la prevención es tan importante. Cuando surge el problema, es necesario mantener la paciencia, la

perseverancia y mucho amor. No se retira a un hijo de las drogas ni con palizas ni con expulsiones del hogar. Cuando el vicio es parte de la vida de un joven, es necesario un mayor cuidado. Más amor para que surja una nueva vida. Una vida iluminada.

La luz es una novedad. Se puede contemplar verdaderamente bajo la Luz. Sin suciedad.

Me gusta la historia de aquellas dos familias que vivían una frente a otra. Todos los días el marido en una de las casas, al volver del trabajo, encontraba a su esposa arreglando las ropas sucias colgadas en el área de la casa vecina. Estaba indignada. No entendía por qué no lavaba adecuadamente en primer lugar para colocarlas después en el tendedero. Decía esto con impaciencia y con la certeza de que la vecina era descuidada y sucia. Después de algún tiempo, cansado de las quejas de la mujer, el marido le hizo una sugerencia sencilla y obvia. Le dijo que limpiara el cristal de la ventana de su sala, que estaba inmundo, y luego vería que no eran las ropas de la vecina las que estaban sucias. Es una historia simple con una enseñanza de gran significado. El descuido en la limpieza no era de la vecina. Es fácil lanzar la culpa al otro. El problema es siempre del otro. Para eso es necesario asumir que ellos existen. En esa historia la mu-

jer no se imaginaba que era el cristal de su ventana el que estaba sucio. Ésta es una cuestión importante. La dificultad en ver mi problema me lleva a que no pueda solucionarlo. El primer paso para levantarse es tener la experiencia de la caída.

Jesús vino al mundo para los suyos y los suyos no lo reconocieron. Faltó la Luz. El Ágape es luz. Es la luz que disipa las tinieblas, que disipa la oscuridad. Es la luz que ilumina y que transmite el fuego del Espíritu Santo.

ORACIÓN

Señor,
quiero ser hijo de la Luz.
Quiero llevar al mundo tu luz.
Señor,
sé que muchas veces viví en la oscuridad.
El pecado me fue consumiendo y yo me
acostumbré a las tinieblas.
Fui infiel.
Abandoné el amor buscando placeres que no me
dieron la felicidad.
Erré, Señor,
pero hoy estoy aquí para pedirte perdón
estoy aquí para abrir las ventanas y recibir tu luz
que tu luz me invada, me quite el miedo de vivir
y haga de mí un anunciador.
Quiero anunciar tu amor,
aunque sea en el desierto.
Ésta es mi misión y por eso estoy aquí para orar.
Haz de mí lo que quieras.
Te amo, Señor.
Soy tu Hijo.
¡Soy Hijo de la Luz!
Amén.

2

Las bodas de Caná

Evangelio de San Juan

1 Dos días después hubo una boda en Caná de Galilea y la madre 2 de Jesús estaba allí; invitaron también a la boda a Jesús y a sus discípulos. 3 Faltó el vino y le dijo su madre: «No les queda vino». 4 Jesús le contestó: «¿Quién te mete a ti en esto, mujer? Todavía no ha llegado mi hora». 5 Su madre dijo a los sirvientes: «Haced lo que él os diga». 6 Había seis tinajas de piedra de unos cien litros cada una, como dictaban los ritos de purificación